

LA “OPERACIÓN-DISCURSO”

La enseñanza y la transmisión del saber analítico formaron parte de las preocupaciones esenciales de Lacan desde siempre y, si nos atenemos a sus última enseñanza, vemos que nunca las consideró una cuestión zanjada. Entre las múltiples consideraciones, he elegido dos textos como apoyo para tratar el tema que nos concierne en esta ocasión: *Mon enseignement (1967-68)* y *L’allocution sur l’enseignement (1970)*.

La constancia con la que Lacan hace referencia al modo inesperado en el que comenzó su enseñanza, en 1953, como resultado del impacto, del efecto que producía su palabra, no se debe a razones de coquetería. Al distinguir, por un lado, “lugar” en su aspecto esencial, topológico y por otro, “lugar en el mundo” nos da una pista¹. El comienzo de su enseñanza estuvo vinculado al lugar que ocupó como analista. En un tiempo posterior, le fue solicitado que ocupara otro lugar, el de enseñante, como resultado del interés que supo suscitar con su decir sobre la práctica analítica. Lacan nos explica lo que supuso para él aceptar esta invitación. Se impuso la disciplina de decir algo nuevo cada semana, algo que saliera de lo corriente, cada vez. De este modo, avistaba otro tipo de consecuencias que las que se derivaban de hablar de psicoanálisis, así, *puift*, sin más, de cualquier manera. Lacan distingue ese momento decisivo, porque tomó el valor de un acto, el de otorgar al descubrimiento de Freud, al descubrimiento del inconsciente, el alcance de un hecho, de un hecho nuevo. “Mi enseñanza sirve para hacer valer algo que ha sucedido y que tiene un nombre, Freud”².

La fuerza de Lacan radicaba en la contundencia con la que concedía su merecida trascendencia a un acontecimiento de discurso. Su *operación-discurso*³ no consistía en “ir a las fuentes” sino en mantener abierto el agujero en el saber que este descubrimiento implica ¿Cómo lo hacía? Hacía existir el agujero porque aportaba algo nuevo cada vez. Desde este punto de vista la operación-discurso coincide con la operación-nominación de la que habla en el Seminario del *Sinthome*: es la operación de lo simbólico en tanto hace agujero, muerde lo real. Nada, pues, más lejos de la rutina, nada más lejos del lugar del profesor. Lacan no profesaba, sabía de la estructura, por eso ironizaba sobre los pedantes, los que se las saben todas, los que

¹ J.Lacan, *Mon enseignement*. Seuil. París 2005. Pág.12-13

² Idem. pág.120

³ Idem. Pág.91

intentan convencer, los que “hacen como si supieran”, los que ostentan el semblante más de la cuenta.

“Salta a la vista que lo que enseño se vincula a la experiencia psicoanalítica”⁴, afirmaba. Con el fin, como lo dijo sin cansancio, de formar analistas a la altura de la función del sujeto, capaces de “autoeliminarse del diálogo analítico como algo que cae, que cae para siempre”⁵. Porque, siendo relativa a una “operación discurso”, a “un uso correcto del discurso”, la enseñanza del psicoanálisis no puede esperarse como un mero resultado de la información, como una pedagogía más, sino de lo que denomina, en ese momento, producir una significación nueva. Producir una significación nueva sólo puede obtenerse si la operación-discurso se asienta en la dimensión de la estructura del sujeto, si se ha conseguido deducir o extraer de lo que la experiencia del análisis enseña. En este sentido, producir un saber nuevo se acompaña de una depuración, de una reducción al álgebra. “La cosa se vuelve interesante cuando se es responsable, cuando se aporta una solución, en la medida de lo posible, formalizada”⁶. Poco tiempo después formularía los cuatro discursos.

En el texto *Mon enseignement* encontramos sus respuestas a preguntas esenciales: ¿cuál es el origen de la enseñanza de Lacan? El lenguaje. ¿Cuál es su fin, su *telos*? La formación de psicoanalistas. ¿Cómo comenzó? Con un acto.

En el texto *l’Alocution sur mon enseignement*⁷, que recoge sus palabras conclusivas en un congreso dedicado a la enseñanza del psicoanálisis, Lacan manifiesta su sorpresa ante el hecho de que en las distintas ponencias no se hubieran tenido en cuenta sus fórmulas de los discursos para orientarse en el tratamiento del problema. Refiere haber escuchado insistentemente hablar de la transmisión del saber, y señala la ausencia de evidencia en la relación saber-enseñanza: “uno de los principios de mi enseñanza, es no esperar nada de que mi discurso sea tomado como una enseñanza”⁸, enuncia. Y ello porque la enseñanza, afirma, puede estar hecha de tal modo que se constituya en una barrera en el acceso al saber. Además, agrega, “no puedo ser enseñado sino en la medida de mi saber”⁹, de mi saber inconsciente, se entiende, es decir, de los límites que imponen

⁴ Idem. pág.90

⁵ Idem. pág. 137

⁶ Idem., pág. 86

⁷ En *Autres écrits*. Ed Seuil. París 2001

⁸ Idem., pág. 298

⁹ Idem., pág. 299

la represión y el fantasma. Si consideramos que el saber es equivalente del goce, según sus elaboraciones del Seminario XVII, ¿qué operación se precisa para que pase de uno a otro? La cinta de transmisión, la vía de traspaso para el saber analítico deviene, entonces, problemática, porque depende de la experiencia del inconsciente.

Siendo el saber de la estructura aquello de lo que sólo puedo ser instruido en la experiencia de un análisis, su conquista no depende de la oscilación de la pareja enseñante-enseñado, del columpio que va y viene entre ambos, ironiza Lacan. Esta pareja lleva consigo el señuelo de pasividad y actividad. Para desentrañar su apariencia interesa tomar en consideración el resorte verdadero postulado en el seminario dedicado a *La transferencia*. En él demuestra la *disparidad subjetiva* de otro par no menos famoso, el de amante-amado, en cuya disimetría reveló las dos caras de la división subjetiva. Esta es la base para situar correctamente la relación analista-analizante (y no analizado), a partir de la distinción del lugar en donde se localiza el objeto.

Entre analista-analizante, entre esos dos eso (*Ça*), el saber (*sçavoir*) pasa, a menos que nada pase, que no pase nada, como se comprueba cuando falta la orientación a lo real. Allí, en la estructura del pase, se desbroza la lógica del discurso analítico. Por lo tanto, el saber que del acto puede extraerse, y, también, del que una enseñanza puede esperarse.

Lacan hará equivaler, a partir de esta época, el lugar del enseñante al lugar del S tachado, lo que no implica, -aclara, por si fuera necesario-, que pueda haber un enseñante en todo S barrado. “Nuestro discurso no podría sobrevivir si dependiera de la enseñanza como su intermediario”¹⁰, afirma. La enseñanza puede funcionar como un abrigo, como un refugio ante la falla del saber que supone el acto analítico y, por lo tanto, puede suponer un peligro, una amenaza para el discurso analítico. No basta con invocar la función el agujero, con referirse a la hiancia, con mentarla y elogiarla. Se puede ser “okupa” *squatter*¹¹ de Lacan, plagiarlo, imitarlo, “sin llegar a tener la menor idea de su discurso”¹².

No es la intencionalidad sino la lógica del discurso analítico la que conduce al psicoanalista a la posición del enseñante, es decir, a no ocupar ninguna posición de maestría sino a título de síntoma.¹³ Por ello entendemos su afirmación neta: “lo que me salva de la enseñanza es el acto”¹⁴, porque sólo

¹⁰ Idem., pág. 302

¹¹ *squatter*: el que ocupa una habitación vacía sin consentimiento del dueño.

¹² Idem., pág.304

¹³ J.Lacan, op.cit., pág.304

¹⁴ J.Lacan, op.cit. 303

de su interrogación un saber renovado puede surgir. Y en esta afirmación encontramos, a la manera de un *point de capiton*, la razón del comienzo de su enseñanza, al que antes hacíamos referencia. Que revela ser, entonces, un efecto del discurso analítico y no del universitario.

En el mercado de los saberes que hoy ofrece el universo capitalista el psicoanálisis puede venderse como un saber psicopatológico, no le faltarán compradores ni publicistas. Pero el riesgo para la supervivencia del discurso analítico es evidente, porque, como dice Lacan, “el inconsciente se cierra cuando el analista ya no porta la palabra porque sabe ya o cree saber lo que ella tiene que decir”¹⁵. La propagación del discurso analítico depende de la incidencia real de nuestra palabra, lo que ocurre cuando logramos suscitar en otros la relación con la causa analítica, que siempre, nos lo enseña Lacan, se presenta como algo nuevo.

La existencia del discurso analítico depende del acto que ordena la estructura del sujeto como una topología encarnada, como un agujero encarnado. No basta con sospechar la existencia del inconsciente, es preciso que sea escuchado en el dispositivo analítico. Extraños seres de lenguaje que somos, *trumanos*¹⁶ y de cuya realidad el análisis nos instruye. Por eso el vehículo de transmisión del saber analítico no puede ser la información, la comunicación, sino la interpretación analítica, que hace *existir* el agujero, razón por la cual no puede ser una explicación.

¿Cómo preservar actualmente la autenticidad del discurso analítico? ¿De qué manera dar lugar a la “operación-discurso”? Haciendo existir el inconsciente, que considerado en su dimensión más radicalmente lacaniana, como inconsciente real, constituye la verdadera brecha de cuyo efecto depende que su efecto se propague como el viento.¹⁷ -El inconsciente, que no es lo psíquico y a cuya renuncia se expone quien los confunde-

Así lo comprobamos en las discusiones clínicas del CPCT y en el boca a boca que extiende las redes del discurso porque la estructura abierta y permeable del Otro permite reconocer y alojar “la diversidad radical de los modos de relación”¹⁸ a la que el estado de la civilización puede dar cabida si conseguimos frenar el avance de los moldes, de los corsés identitarios. Para ello es preciso un grupo de analistas dúctiles, que puedan moverse en

¹⁵ J.Lacan, *Variantes de la cura tipo*, en Obras escogidas I. RBA.Barcelona 2006. Pág. 345

¹⁶ alusión a la palabra *trouman*, inventada por Lacan que reúne *human* (humano) y *trou* (agujero)

¹⁷ J.Lacan, *Télévision*, en *Autres écrits*. Seuil. París 2001. Pág.521

¹⁸ J.Lacan, op.cit., pág.333

la estructura de las tres consistencias, la Escuela, el CPCT y el Instituto¹⁹. Hace falta un grupo de analistas firmes, que “no se dejen llevar por los vientos de la discordancia y la marea de sus servidumbres”²⁰. La verdadera fuerza de este soplo depende de la convicción íntima que nos permite dar los pasos esenciales para conseguir volver a comenzar, para iniciar de nuevo el camino que supuso el acontecimiento Freud “como si nada se hubiera hecho aún”, según las palabras de Lacan. Lo que puede conseguirse, parafraseando a Jacques-Alain Miller, si nos mantenemos *a distance de la disance*²¹, a distancia del efecto-código.

¿Cómo contrariar los efectos del discurso universitario en nuestra enseñanza? ¿Cómo favorecer lo nuevo?

Si renunciamos a dejar de aferrarnos a los mástiles de nuestros barcos aceptando surcar las aguas del lenguaje²² guiados por los amarres, por las cuerdas de Lacan, podríamos esperar un efecto benéfico para la transferencia con el trípode en el continuo movimiento de los docentes en la estructura del Instituto, favorecido por la permutación de los docentes. De modo tal que pueda propiciarse la formación de “olas del discurso”, contrariando el efecto imaginario de las “suficiencias” -que inevitablemente tienden a establecerse- y favoreciendo la transferencia con los textos. Y, así, el deseo pueda propagarse dejando como residuo un “humus” renovado con el que hacer signo al sujeto “humillado” por las TCC, “para que pueda llegar a decir algo” que le devuelva la dignidad de su humana condición. En la extensión de la transferencia con el discurso analítico, en la demanda de las nuevas generaciones de ser formados en nuestra orientación, obtendremos la prueba de la efectuación de nuestra operación-discurso, gestada en la potencialidad creadora del agujero del Otro.

VILMA COCCOZ

¹⁹ El trípode de Escuela, CPCT e Instituto fue propuesto por el Delegado General, Eric Laurent en Roma, 2005

²⁰ J.Lacan, op.cit. pág.347

²¹ Jacques-Alain Miller. Curso 2006-2007. Inédito

²² J.Lacan. Lacan habla del agua del lenguaje, del ser humano como humi-llado y del humus del lenguaje en la Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. En Intervenciones y textos II. Manantial. Buenos Aires 1988